

HOMENAJE A VALENTIN PANIAGUA CORAZAO



Capítulo 32

COMITÉ EDITOR

Javier Arias-Stella / Juan Incháustegui Vargas
Alberto Adrianzén Merino / Gustavo Bacacorzo / Marita Castro Pisfil /
Domingo García Belaunde / Marco Jamanca Vega /
Francisco Miró Quesada Canturías / Luis Ortega Navarrete /
Henry Pease García / Marcial Rubio Correa / Débora Urquieta /
Alberto Velarde Yañez / Juan Manuel Velarde



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Homenaje a Valentín Paniagua Corazao

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010
Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:
Fondo Editorial PUCP
Primera edición, noviembre de 2010
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-941-5
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-14040
Registro de Proyecto Editorial: 31501361000964

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

VALENTÍN PANIAGUA: EL HOMBRE DE LA CONCILIACIÓN

Ernesto Samper Pizano

Se ha dicho, con razón, que es más difícil hacer la paz que la guerra porque mientras para hacer la paz se necesitan dos, para hacer la guerra con un solo basta. Valentín Paniagua estaba preparado para hacer la paz, para buscar la conciliación, para encontrar el justo medio entre los extremos, para rechazar la adulación falsa y equilibrar cargas. Él era un radical de centro. Lo conocí en un hotel de Lima, acababa de dejar la presidencia, de la cual había salido rodeado de admiración y reconocimiento gracias a su talante conciliatorio. El Perú había hecho la transición hacia una nueva época democrática sin disparar un solo tiro ni violar un derecho adquirido. El presidente Paniagua, como hombre de la transición, había cumplido estrictamente con el calendario del retorno democrático, sin sucumbir a las voces que le recomendaban prolongar su exitosa permanencia en el poder, es decir, quedarse.

Me sedujo su temperamento reposado, su humor con sabor a cáscara de naranja, su profundidad académica. Su ponderación en el lenguaje, que contrastaba con la fuerza de su pensamiento, me hizo recordar a un personaje de la política colombiana, profesor también de derecho constitucional, el maestro Darío Escandía —le llamaban los colombianos—, célebre porque alguna vez le ofrecieron que tomara el poder en medio de una crisis de ruptura institucional y el contestó con filosófico escepticismo: «¿Y el poder para que?». Ese escepticismo sobre el poder, pero sobre todo el desprecio por sus vanidades lo compartí esa tarde con Valentín Paniagua. Los dos supimos después cuando nos despedimos, luego de tres o cuatro horas de charla, que seríamos amigos entrañables y lo fuimos, por un plazo desgraciadamente demasiado breve, hasta el día de su muerte.

Buena parte de nuestro primer encuentro lo dedicamos a repasar lo que había sido la transición que él acababa de encabezar. Su primera tarea había sido erradicar los fantasmas autoritarios que campeaban por campos y calles; a partir de una Comisión de la Verdad había sancionado culpables y liberado inocentes

acusados de culpables; no había sido fácil, en su propuesta de reconciliación, que la gente aceptara perdonar, dar una segunda oportunidad a los contradictores y extenderles la mano. Su actitud con los verdugos, en cambio, había sido implacable. Valentín sabía perfectamente que el camino para la reconciliación pasaba por el vía crucis de la verdad y que la impunidad no podía ser el precio para avanzar hacia una nueva etapa de la sociedad peruana.

Suave en la forma pero duro en el fondo, como puño de hierro en guante de seda, condujo la transición sin renunciar a unos principios fundamentales que, desde los años en que estudiaba leyes en el Cusco, eran como su bitácora ideológica. Lo dijo en el V Encuentro de Ex Presidentes en Cartagena: «La corrupción y la impunidad son los dos mayores y más perversos enemigos del sistema democrático». No en vano la persona que encabezó la transición peruana era el mismo profesor que, al día siguiente del golpe de Estado de 1992, había llegado a decirles a sus alumnos de Derecho Constitucional, con los ojos húmedos, que ya no tenía nada que enseñarles.

A Valentín le preocupaba sobremanera el papel que podían cumplir o dejar de cumplir los medios de comunicación en la búsqueda de la reconciliación peruana. Tenía la convicción, compartida por varios ex presidentes en los distintos encuentros en que los escuchamos expresar estas inquietudes vitales, de que los medios, dominados por el apetito del *rating* o el ansia de aumentar sus lectores a cualquier costo, estaban dedicados a «generar más confrontaciones que consensos» y opinaba, con la misma razón, que este papel hacía todavía más difícil la tarea reconciliatoria de los gobiernos frente a sus gobernantes.

El tema que lo apasionaba más que el de la transición, era el de la educación, al cual dedicó buena parte de sus energías. Le gustaba repetir la reflexión del presidente Belaunde Terry, su mentor, quien decía que el propósito central de nuestros sistemas políticos era el de encontrar la justicia social y que si bien el concepto de justicia social actualmente era el de saber cómo repartir el tener, el de la justicia social en el futuro sería el de la repartición del saber. El Presidente Paniagua sabía que el mundo de hoy cada día está menos dividido entre los que tienen y los que no tienen y más dividido entre los que saben y los que no saben; también sabía, porque coincidimos en esta apreciación delante de una reunión de maestros en Lima, que cualquier revolución educativa debe comenzar con la revalorización del rol que cumplen los maestros. Sus ideas sobre la educación quedaron incorporadas en el Pacto Nacional por la Educación, que se constituyó en el esfuerzo más serio por reivindicar el papel de la educación en la construcción de un nuevo Perú y darle un rumbo de largo plazo; docentes, calidad e investigación eran los pilares de su propuesta educativa.

Otro tema que nos unió fue su posición sobre los problemas del presidencialismo latinoamericano y el multipartidismo; el Presidente Paniagua, acostumbrado a gobernar a través de la construcción de consensos, sabía que el actual sistema político hemisférico, concentrado en la consecución de apoyos partidistas obtenidos a través de prácticas de menudeo político otorgando privilegios y canonjías, no solo afectaba la gobernabilidad de la región sino que, en la práctica, se convertía en un semillero de corrupción y perversión política. «El presidencialismo multipartidista —decía— no encuentra forma de salvar el divorcio permanente entre multipartidismo y coaliciones durables para la conformación de gobiernos igualmente sólidos».

Me parece recordar, como si fuera ayer, sus palabras en la clausura memorable que hizo en el Foro de Biarritz en Bogotá en el año 2005. Temeroso del avión y la parafernalia de los aeropuertos, estaba nervioso porque debía hablar en la clausura del evento y salir a tomar su avión inmediatamente para Lima. Lo cierto es que, como en todas estas ocasiones, la ceremonia de clausura tomó más del tiempo debido; le mandé entonces a preguntar si quería que alteráramos el orden del día para escuchar sus palabras y me respondió, con su consabida caballerosidad, que no porque le parecía una descortesía con aquellos que no oiría. Se esperó hasta el final y habló en el filo del tiempo necesario para su salida; confundió varios de los nombres de los oradores pero, al final, se explayó como si nada lo afanara sobre los que él consideraba los tres fundamentos de la estabilidad democrática: mantener políticas de Estado sobre los temas de fondo, no tener temor a explorar caminos y construir «proyectos nacionales o proyectos de vida en común» a la manera de Ortega y Gasset, según el mismo decía.

En esa misma ocasión se maravillaba de cómo los incas habían logrado construir un camino de 17.000 kilómetros que conectaba Pasto con Tucumán —que significa «al final del camino», según nos dijo— pasando por seis países y nosotros no tuviéramos la capacidad de hacer algo parecido respecto a nosotros mismos.

Si, como decía alguien, la vida no es medida por el número de respiraciones que tomamos sino por los momentos que nos hacen contener la respiración, la vida de Valentín Paniagua no fue vida de muchos momentos de respiración sino de pocos momentos de respiración contenida, momentos claves para la historia peruana, durante los cuales demostró que la historia no le pertenece a los más activos sino a los más reflexivos; estos últimos son los que dejan huella como la que dejó el inolvidable amigo Valentín Paniagua en su paso por la tierra.

Bogotá, febrero de 2007